

Plegaria para pirómanos

VOCES / LITERATURA

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Eloy Tizón, *Plegaria para pirómanos*
Primera edición: septiembre de 2023

ISBN: 978-84-8393-336-7
Depósito legal: M-17985-2023
IBIC: FYB

© Eloy Tizón, 2023
© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2023

Editorial Páginas de Espuma
Madera 3, 1.º izquierda
28004 Madrid

Teléfono: 91 522 72 51
Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

Impresión: Cofás

Impreso en España - Printed in Spain

Eloy Tizón

Plegaria para pirómanos



ÍNDICE

Grafía	13
El fango que suspira	45
Agudeza	63
Dichosos los ojos	87
Mi vida entre caníbales	93
Ni siquiera monstruos	99
Anisópteros	121
Cárpatos	153
Confirmación del susurro	173

*a Vanessa Simonka,
el cuidado y la emoción.*

Señor, escúchame: no sé cómo encender el fuego,
pero todavía soy capaz de recitar la plegaria.

De un antiguo cuento jasídico

GRAFÍA

a Juan Casamayor

DE TU ESCRITOR FAVORITO siempre puedes aprender. Y de tu propio diario de tapas de hule, en el que vuelcas esbozos, pálpitos, embriones de ideas y sueños, antes de que se esfumen. Nada es del todo real hasta que lo escribes o lo dibujas. No sabría localizar en qué momento me agarró la obsesión de sumergirme a fondo en la vida y la obra de Xavier Serio, qué esperaba encontrar en sus hondos pasadizos de pistas falsas, posesiones psíquicas bizarras, abismos ontológicos, descripciones botánicas sazonadas con agujeros de gusano y teoría de cuerdas.

Supongo que no tenía nada mejor en que emplear mi tiempo. O serían las hormonas alborotadas de mi sistema endocrino. O equivaldría a una esforzada manera de conjurar el vacío para buscarme (o leerme) a mí mismo, en una época de mi vida en la que me sentía particularmente confuso y todos los zapatos me hacían daño.

Yo era una especie de prófugo de mi propia biografía. Un desertor. Dos o tres veces al mes tomaba el tren hasta la ciudadela de Rotonda, distante unos trescientos kilómetros de mi lugar de residencia. Después de almorzar en la cantina de la estación un bocadillo de fiambre y una cerveza, trotaba por la avenida de tilos, subía la escalinata y traspasaba el jadeante pórtico de la biblioteca pública de Rotonda —columnas salomónicas, amplios ventanales sobre un oleaje crema de madre selvas, una jarra de té helado, variedad de bustos daltónicos— con mi carnet de investigador entre los dientes.

Allí me sentía a salvo. Nadie me importunaba ni me apremiaba. Podía pasar las horas en silencioso trance consultando archivos, descifrando caligrafías antiguas y manuscritos de Xavier Serio, subiendo y bajando escaleras hasta los estantes más altos, girando las muñecas para desentumecerlas, husmeando en su correspondencia con otros novelistas igual de marginales o en las notas de nevera que intercambié con su madre viuda: «Hijo mío, tienes una letra que es como si la estornudases».

Me quedaba embobado mirando su firma: XS. La misma que adornaba su tumba casi secreta en un cementerio del sur de Francia, aireado entre viñedos e higueras, que yo había visitado algunos años atrás en compañía de una novia pecosa de mejillas encendidas que sabía patinar.

Tras leer en la pubertad los dos primeros libros de Xavier Serio, que ella me regaló, nunca había llegado a recuperarme del todo. Aquellas ficciones lisérgicas supusieron una conmoción para mí. Me forzaron a enfrentarme a algo que me rebasaba, que no comprendía por completo y para lo cual no tenía respuesta, y ni siquiera nombre. Para el muchacho dañado que yo era, aquello representaba el arte,

la vida, el éxtasis y la verdad. Una sacudida brutal, equivalente a la primera vez que entras en otro cuerpo y experimentas tu disolución.

Me obcequé con sus huellas. Me empapé de sus enigmas, camuflados a veces bajo la apariencia inocua de «novelas de ciencia ficción», con toda su parafernalia psicodélica de viajes en el tiempo, vehículos siderales, androides, drogas sintéticas y multiversos, que nunca sabías si tomarte en broma o no.

Xavier Serio reventó el mercado con las bombas de racimo de sus historietas *trash* impregnadas del espíritu transgresor de los fanzines, los cómics y las películas de medianoche (invasiones alienígenas, hombres lobo, sectas satánicas, guerreros ninja, karatecas criogenizadas, monjas caníbales, bandas de surfistas nazis), irreverentes y ácratas, con el fin de desacralizar el prestigio social del escritor.

A mí no me engañaba. Subrayé, doblé páginas, hice muescas en los libros de Xavier Serio y enmarqué sus frases con lazos y rectángulos de lápiz. En los márgenes floreció una primavera de signos de admiración, interrogaciones y flechas. Al cabo del tiempo y de nuevas relecturas, volví a subrayar lo ya subrayado. Dibujé esquemas. Aprendí de memoria pasajes enteros de su *Manifiesto cosmológico* –autoeditado bajo el seudónimo de Xan Sativa– y podía recitarlos línea a línea; todavía puedo.

Estaba tan hipnotizado por su prosa que ni siquiera me enteré bien por qué rompí con aquella primera novia pecosa de mejillas encendidas que sabía patinar; luego vinieron otras. Incluso renuncié a una carrera profesional estable, en el campo de las finanzas (¿o eran las telecomunicaciones?), por culpa de aquella adicción pegajosa.

Seguí la línea de puntos de títulos descatalogados, difíciles de conseguir. Rellené formularios, rastreeé ferias, direcciones secretas, me carteé con presos, cuchicheé contraseñas en librerías de segunda mano, descendí hasta un inframundo de primeras ediciones y contrabandistas que me recibían con el torso desnudo, la puerta entornada y la cadena puesta: «¿Qué de qué?».

A través de esa rendija regateé precios, discutí, franqueé sus cubiles de paredes purulentas acomodando mis pupilas al cambio de luz, entre altares con vírgenes de plexiglás y sartenes al fuego (la abuela inmóvil, al fondo, disecada o dormida en chándal sobre su bicicleta estática). Guiado por un ciego con su bastón blanco, me interné a tientas a lo largo de un pasillo con un papel pintado de tuercas amarillas sobre fondo negro, hasta desembocar en el dormitorio bajo cuya cama con doseles custodiaba sus tesoros. Activé potencias desconocidas que me condujeron hasta una tribu paralela de traficantes de libros y revistas, ni mejores ni peores que los traficantes de drogas para yonquis, igual de imprevisibles, algo menos feroces. Coleccioné autógrafos, retratos, pujé en una subasta por un remo de piragua que había sido propiedad de Xavier Serio.

Cuando aquel remo llegó a casa, caí en la cuenta de mi error. No supe qué hacer con él, dónde colocarlo. Era demasiado grande, estorbaba en todas partes. En eso se parecía a la literatura: un raro cachivache precioso pero de complicada ubicación en mi casa y en mi vida.

Fantaseaba con la hermosa idea de que, de habernos llegado a conocer, Serio y yo podríamos haber congeniado, sido amigos e intercambiado confidencias: un espejismo. Inhalar su mismo oxígeno y metabolizarlo en los alvéolos de mis pulmones ya habría sido premio suficiente. Como

coincidir en el mismo ascensor con Willy Wonka o estrechar la mano enguantada de la señora Dalloway.

A menos que inventasen pronto una máquina del tiempo capaz de reunirnos, Xavier Serio nunca sabría de mi devoción, y eso me entristecía. Entre mi ídolo y yo se interponía una cuña de sombra: el zarpazo de la muerte. Él había fallecido once años antes de que yo naciese. Reprochaba a mis padres su negligencia a la hora de abordar sus urgencias carnales. Vamos, holgazanes, vamos, un poco más de brío. ¿Queréis daros prisa? Mis padres son jóvenes, están distraídos, de pícnic sobre la hierba campestre, no me oyen. Un escritor muere. Aún no he nacido.

Ahí radica el enigma del tiempo, cuya utilidad, según declaró mi Maestro, «es la de impedir que todo suceda a la vez».

Pasarían siglos, ciudades, imperios volarían en pedazos por los aires, y Xavier Serio y yo nunca nos encontraríamos cara a cara en ningún repliegue espaciotemporal del universo. Mi mente postulaba un pasado alternativo en que él fuese mi Maestro y yo su discípulo. En el castillo de la literatura, erizado (¡atención a esto!) de torreones y oriflamas, ocupábamos extremos incomunicados. Xavier Serio en lo más elevado de la aristocracia del lenguaje, entre las almenas, y yo abajo, postrado de hinojos, junto a los plebeyos, en un cuchitril de las caballerizas forrado de brazadas de heno y el aliento de los bueyes y demás bestias de carga.

El único y frágil nudo de conexión entre nosotros dos, a punto de quebrarse, eran estos mediodías rojizos del presente en Rotonda, extendidos en el suelo como redes de pesca, palpitantes de escamas eléctricas.